

AMARCORD

Se me pide, en mi calidad de editor de aquel volumen *Italiano y español. Estudios lingüísticos* de 1984, que rememore brevemente, para los lectores de este número monográfico de la revista que tienen en sus manos, las circunstancias y el ambiente en el que se gestó la aparición de aquel librito.

Habría que remontarse a los años setenta del siglo XX para encontrar y explicar las raíces de ese hecho. Fue una década en la que en España creció y se diversificó grandemente el acceso a la universidad, con la ampliación y el refuerzo tanto del abanico de los contenidos como del personal docente adscrito a ellos. Los estudios de lengua y literatura italianas (de filología italiana, en la terminología académica española), aun dentro de su siempre contenida medida, no fueron una excepción. A las cátedras de Lengua y Literatura Italianas de la Universidad Complutense de Madrid y de la Central de Barcelona se fueron uniendo las de Salamanca y Sevilla y muchas otras universidades fueron dotándose de un numéricamente limitado pero activo personal docente e investigador en el área que nos ocupa.

Los planes de estudio no dejaban en aquel momento mucho espacio a nuestras disciplinas, pero siempre había algunos nutridos grupos de alumnos que estudiaban con interés la lengua italiana al menos en dos niveles, uno inicial y otro intermedio. En material didáctico para las clases de lengua andábamos más bien escasos, tanto si mirábamos a Italia como si buscábamos en España. Aquí casi solo podíamos contar con la voluminosa y ya muy anticuada, aunque apreciable por muchos aspectos, gramática de Camilo Llovera Majem, cuya primera edición databa de los años cuarenta. Y de Italia tampoco podíamos importar grandes cosas: allí los estudios gramaticales estaban un tanto parados, y desde luego menos desarrollados que en España, que en aquella época contaba ya con varias importantes gramáticas; aún no había aparecido la *Grande grammatica italiana di consultazione* (1988) dirigida por Lorenzo Renzi, que es la que marcaría el despegue gramatical de finales del siglo XX en Italia, ni algunos otros más breves pero ya modernos manuales que la precederían por poco. Teníamos que contentarnos con la vieja y en sus tiempos benemérita gramática italiana de Salvatore Battaglia-Vincenzo Pernicone (1951), la del húngaro Miklós Fogarasi (1969) o los volúmenes gramaticales publicados en Francia por Jacqueline Brunet (1978 y sigs.). Métodos didácticos bien planteados, variados y

cuidados gráficamente, para la enseñanza del italiano a extranjeros, simplemente no existían.

Un gran ayuda, en ese desolado panorama metodológico y didáctico, nos vino, para todos los profesores de italiano en España, de un volumen que, por encargo de la UNED, y para sus cursos de italiano, elaboró el profesor de la Universidad de Perugia Katerin Katerinov, benemérito maestro y amigo posteriormente de muchos de nosotros: *La lengua italiana enseñada a estudiantes de habla española* (1975). Era un tomo de gran formato, con una tosca tipografía en ciclostil, con todo el aspecto de ser -como de hecho lo era- un material de uso interno, casi unos apuntes mecanografiados (que poco después ya se convertirían en un volumen regularmente impreso), para los alumnos de aquella universidad. Fue todo un hallazgo para muchos de los jóvenes docentes que entonces nos dedicábamos a la enseñanza del italiano en las universidades españolas. Por fin teníamos un método didáctico que, pese a la tosquedad de su presentación material, ofrecía una planificación y desarrollo de unidades didácticas fácilmente adaptables a las clases, con un léxico seleccionado y un incipiente -más deseado que real- planteamiento contrastivo.

A algunos nos parecía que, en el ámbito de la metodología lingüística, había que seguir por ese camino, profundizando sobre todo en el ámbito contrastivo, dado que la parcial semejanza entre el italiano y el español no hacía sino tender continuas trampas en un aprendizaje que, por ese motivo, resultaba mucho más complejo de lo inicialmente calculado. Para ese proyecto no se contaba con mucho personal disponible, puesto que como suele suceder en las filologías extranjeras, la mayoría de los docentes-investigadores mostraban claras preferencias, en el ámbito de sus estudios e investigaciones, por el campo literario, relegando las cuestiones lingüísticas al mero e inexcusable ámbito de las clases. Así se comprobó, por si hacía falta confirmarlo, en el I Congreso de Italianistas Españoles (Sevilla, 1982), organizado por el autor de estas líneas¹: la inmensa mayoría de las comunicaciones y ponencias tenían como objeto temas literarios.

Pero en algunos casos ese interés eminentemente literario se combinaba con la atención hacia algunos aspectos lingüísticos relacionados con el ámbito

¹ Para la pequeña historia de la italianística en España quizás no está de más recordar que la idea de ese congreso se gestó durante una reunión que en 1981 celebramos los pocos italianistas que acudimos a la convocatoria anual de la Sociedad Española de Italianistas en los locales del Departamento de Lengua y Literatura Italianas de la Complutense. Vista la escasa concurrencia, se planteó incluso la idea de disolver la Sociedad. El que esto escribe, para evitar esa circunstancia, propuso, siguiendo el modelo de los hispanistas italianos, empezar a celebrar congresos en principio bianuales que propiciaran encuentros más ricos en presencias personales y en aportaciones científicas, ofreciendo como primera sede la de su universidad en Sevilla. Y de esa manera, siendo presidenta de la SEI la profesora María Teresa Navarro Salazar, y Vicepresidente el autor de estas líneas, tuvo lugar en Sevilla en 1982 la "I Reunión de Italianistas Españoles" que, visto el éxito obtenido, inauguraría de lista de congresos (que no ya "reuniones", como modestamente se denominó a la primera) celebrados ininterrumpida y periódicamente hasta hoy.

contrastivo. En distintas publicaciones ya entonces poco accesibles habían ido apareciendo algunos trabajos que, bien partiendo de planteamientos generales, bien acotando determinados espacios lingüísticos, ofrecían unos resultados que no sólo eran útiles y consistentes en sí mismos, sino que sugerían y facilitaban futuras perspectivas de análisis contrastivo. Eran los trabajos hasta entonces publicados en este sector por los maestros de italianistas Joaquín Arce y Félix Fernández Murga, a los que modestamente venían a sumarse los de algunos representantes de la siguiente generación, en este caso Nieves Muñiz Muñiz y el que esto escribe. Con esos materiales se configuró aquel volumen que ahora se conmemora, *Italiano y español. Estudios lingüísticos*, con el que como decimos, se pretendió poner a disposición de los interesados unos trabajos de difícil localización y al mismo tiempo ofrecer una estimulante plataforma informativa sobre las posibilidades de investigación en la lingüística contrastiva del italiano y el español. Publicado por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla en 1984, tuvo, tratándose de una lengua minoritaria como es el italiano en España, una discreta distribución y circulación; la suficiente como para que, con no poca satisfacción de quienes nos ocupamos de que viera la luz, haya llegado a ser considerado por algunos estudiosos de nuestro campo, quizás con excesiva benevolencia, como el librito fundacional de la lingüística contrastiva del italiano y el español en nuestro país. Y eso que el momento de aparición no parecía el más adecuado: sólo un par de años antes, en 1982, Dulay, Burt y Krashen, en un conocido estudio y ciertamente en un poco afortunado ejercicio de predicción científica, habían dado por finiquitado y caduco el análisis contrastivo, antes incluso de que se hubiera publicado ni siquiera la primera de las gramáticas contrastivas que pronto iban a aparecer en el mercado didáctico.

Treinta años después, dos de los cuatro autores ya no están entre nosotros. No sólo por su participación en aquel libro, sino por la extraordinaria importancia que su magisterio y su labor científica tuvieron durante muchos años, merecen ser recordados también en esta ocasión. **Joaquín Arce Fernández** (1923-1982), que se había licenciado en Filosofía y Letras en las universidades de Oviedo y Madrid, siendo alumno de Dámaso Alonso y Rafael Lapesa, fue catedrático de Lengua y Literatura Italianas de la Universidad Complutense desde 1962 hasta la fecha de su muerte. Los varios años que había permanecido en Italia como lector de español (1948-1956) en varias universidades (Bologna, Cagliari y Florencia) le habían permitido adquirir un profundo conocimiento de la lengua y la literatura y cultura italianas. Aparte de sus traducciones, sus estudios sobre la literatura española del siglo XVIII (*La poesía del Siglo ilustrado*, 1981) y, sobre todo, sus investigaciones sobre relaciones culturales y literatura comparada ítalo-española (*España en Cerdeña*, 1960; *Tasso y la poesía española*, 1973; *Literaturas italiana y española frente a frente*, 1982, por citar sólo alguno de sus libros más conocidos) constituían un extraordinario ejemplo de profundo conocimiento de los temas y de rigor y precisión analíticos. Y así era, también, en lo que se

refería a sus intereses lingüísticos, de los que constituía un excelente ejemplo su trabajo contrastivo seleccionado para nuestro libro de 1984. En lo personal era un hombre amable, sensible y cordial, siempre dispuesto a ayudar incluso a los que no pertenecíamos al círculo de sus colaboradores cercanos. Desde la centralidad geográfica madrileña, Joaquín Arce fue el primer y más grande maestro y cultivador de los estudios de lengua y literatura italianas en España².

El segundo maestro también ya desaparecido fue **Félix Fernández Murga** (1915-2003), catedrático de lengua y literatura italianas de la universidad de Salamanca desde 1971 hasta la fecha de su jubilación. Con un óptimo conocimiento del mundo antiguo por su vertiente de filólogo clásico, fue durante dieciséis años (desde 1949 a 1965) director del Instituto Cultural de Santiago en Nápoles (una institución oficial que en aquel entonces asumía las tareas que ahora desarrollan los Institutos Cervantes). Personas que lo conocieron lo definen como una persona “de carácter afable, trato elegante y dotado de un excelente dominio de la lengua y la literatura italianas”³, extremos todos ellos en los que no podemos sino abundar quienes lo tuvimos como maestro en la universidad salmantina. Era un gran experto en las excavaciones borbónicas en el área del Vesubio (*Carlos III y el descubrimiento de Herculano, Pompeya y Estabia*, 1989), en cuestiones de traducción (no solo desde el punto de vista teórico: ganó, de hecho, el Premio Nacional de Traducción de 1980 con su versión de la *Historia de Florencia* de Maquiavelo) y en temas literarios en los que se relacionaba el mundo clásico con la literatura italiana (Boccaccio y el mundo clásico, Horacio en la literatura italiana, etc.). Y era, además, un experto conocedor del latín, el español y el italiano, lo que le permitía elaborar trabajos contrastivos tan ricos y documentados como el que sobre las formas no personales del verbo recogimos en la edición de 1984. Era, además, un extraordinario y ameno conversador, capaz de entretener con interesantes anécdotas (en las que a menudo estaban implicados encumbrados y famosos personajes a los que había conocido personalmente) a sus contertulios durante horas. Y, para quien esto escribe, fue uno de sus grandes, admirados y aún hoy muy recordados maestros.

Pero una vez rendido este pequeño homenaje en el recuerdo a los dos grandes maestros (quienes en su momento no tuvieron, en nuestra opinión, el mucho mayor que hubieran merecido), no podemos sino concluir, como es evidente, que la vida sigue, como lo demuestran los interesantes ensayos, en su mayoría de jóvenes italianistas, que se publican en este volumen. Y que confirman que la lingüística contrastiva sigue teniendo utilidad y salud.

Manuel Carrera Díaz

² Más detalles en C. Barbolani, “Vida y obra de J. Arce”, *Lavori Ispanici*, serie V, 1986, pp. 13-30.

³ Teresa Cirillo Siri, “Félix Fernández Murga e gli scavi borbonici nell’area vesubiana”, R. Olmos – T. Tortosa – J. P. Bellón (eds.), *Repensar la escuela del CSIC en Roma: Cien años de memoria*, Madrid, CSIC, 2010, p. 479.